

SANTIAGO DE ESTRADA. SU VIAJE AL PERÚ

Elena Duplancic de Elgueta
Universidad Nacional de Cuyo

El presente trabajo tiene como objeto de estudio la sección denominada "De Val paraíso a La Oroya", que abarca más de doscientas páginas de las trescientas sesenta y dos del segundo tomo de los *Viajes de Santiago Estrada* editado en Barcelona en 1889 por la imprenta Henrich y Compañía.

El texto ha sido analizado desde la literatura comparada como un texto de viajes en el cual resultan evidentes las constantes antropológicas y estéticas de este tipo de discurso, según lo establecen los estudios teóricos al respecto.

Desde el punto de vista antropológico observamos cómo el autor retrata los distintos aspectos de una experiencia viajera corta pero significativa. Desde lo estético podemos apreciar las estrategias discursivas que ordenan el material de acuerdo con las intenciones panamericanistas del autor y que evidencian su filiación romántica.

La experiencia viajera que registra esta sección se inicia en Valparaíso en abril de 1873 con el propósito de visitar la costa pacífica e internarse en Perú hasta Arequipa. Aunque en el primer capítulo el autor enuncia como su destino sólo las ciudades de La Serena, Caldera, Arica, Tacna, Moliendo y Arequipa, al finalizar el libro ha comunicado a sus lectores las impresiones de un recorrido bastante más amplio: Cuzco (no visitada pero sí mencionada en reflexiones que se extienden por varias páginas), Lima, Callao, Chorrillos, Lurín y La Oroya. El medio de transporte que menciona es el vapor para el recorrido marítimo y el tren para el viaje por tierra.

Con respecto al recorrido de las vías férreas y las características de su instalación el autor se extiende en detalles mientras que con respecto al transporte marítimo realiza escasas menciones. Pocas también son las referencias a los alojamientos así como a la compañía de otros pasajeros, por lo general se refiere sólo a guías. Mucha de la información que adjunta a sus impresiones confiesa haberla obtenido de diversas fuentes escritas que cita al pie o en el texto mismo y son sus intermediarios en la experiencia.

Sus contactos con la sociedad peruana son enunciados siempre en forma general y sólo por la inclusión de textos en el apéndice podemos deducir su relación con personas específicas. Si bien el viajero no abarca grandes extensiones en su recorrido, por lo que suponemos que el viaje (aunque su autor no dé la fecha final del mismo) fue corto'; se extiende, en cambio, por largas páginas, dándole a sus impresiones de esta región de América una importancia que resulta interesante interpretar.

La absoluta falta de mención de las tensiones entre los pueblos que habitan los territorios visitados resulta sorprendente si se tiene en cuenta la fecha en la que se realiza el viaje: poco antes de la guerra del Pacífico y la fecha bastante posterior de su publicación. La situación puede ser comprendida seguramente como la discreta postura del diplomático de la legación argentina en Chile al momento de viajar. Es necesario agregar, sin embargo, que este silencio unido a aspectos que luego señalaremos, se torna muy significativo.

Desde la perspectiva estética el texto se puede analizar en dos sentidos: la estructuración del material al servicio de una intención panamericanista y la respuesta a constantes del Romanticismo.

En relación con el orden estructural, la sección que analizamos está dividida en: una introducción, once capítulos y un apéndice. Con una postura apasionada a favor de las realidades físicas y morales de América el autor deja en claro en la introducción que su propósito consiste en identificar al lector, en especial a los jóvenes estudiosos, con su pensamiento.

Para ello pretende que su texto muestre no sólo el presente del Perú en el momento que él lo visita, sino especialmente el pasado

glorioso precolonial e incluso preincaico y el futuro de progreso que le augura. Para lograr su propósito organiza el material discursivo en forma cuidadosa.

Destina el primer capítulo a su camino hasta las costas peruanas, luego distribuye los diez restantes de modo que el dos y el once hablan del Perú en forma general, el tres y el diez describen el trayecto en ferrocarril desde Mollendo a Arequipa y desde Callao a La Oroya, respectivamente.

El capítulo cuatro está destinado a Lima y el nueve a Chorrillos, residencia veraniega de los limeños. El capítulo cinco es una biografía de Santa Rosa de Lima en ocasión de la visita a los restos de su casa y el capítulo ocho desarrolla reflexiones sobre la quena, instrumento musical indígena por excelencia. En el centro de la composición el autor ubica un capítulo destinado a la figura de Pizarro, en ocasión de la visita a la tumba del conquistador, y otro a Pachacamac y las antiguas religiones del lugar, en ocasión de su visita a las ruinas de aquel santuario.

Como la intención del autor es dar una visión atemporal y globalizadora, no otorga ninguna importancia al relato del viaje en el orden cronológico en el que sucedió. Poco importa, llegando al territorio peruano, qué vio primero y qué vio después.

En el Perú observa las señales de los métodos utilizados por los conquistadores y los rechaza, alineando su postura con la de Bartolomé de las Casas, Toribio de Mogrovejo, Francisco Solano y Pedro Betancour. El símbolo de la presencia hispana, con su violencia y su magnetismo se centra en la figura de Pizarro. El de su postura frente a la religiosidad cristiana aparece en la estampa de Santa Rosa de Lima.

Las reflexiones sobre lo que la dominación española destruyó aparecen en las observaciones de ruinas y cementerios indígenas. Estos tres temas son el motivo de los cuatro capítulos centrales de la obra.

Podríamos decir que allí se encuentra el pasado, con el exotismo de su antiguo esplendor cuyo origen se pierde en los tiempos, con los aciertos de la religiosidad cristiana santamente practicada,

con los errores que la ambición y el afán de dominio hicieron cometer a los protagonistas de la conquista.

Rodeando este núcleo central de reflexión sobre el pasado se ubican las románticas descripciones de Lima y de Chorrillos así como los capítulos que el autor dedica al presente, al estado de desarrollo y pujanza económica que impera en el país que visita y que él ve simbolizado en el trazado del ferrocarril, en parte realizado, en parte realizándose. La riqueza guanera y salitrera son el centro de la presente pujanza.

Por último, a modo de abrazo o paréntesis inicial y final Estrada describe al Perú. En el segundo capítulo lo hace de modo particular al hablar de Arica y Tacna, y al mismo tiempo de modo general, relacionándolo con Bolivia y Argentina al imaginar un proyecto de vías férreas que vinculara comercialmente la región. En el capítulo once lo hace de modo general apelando a la imaginación del lector para presentar una visión panorámica de un paisaje que reúne todas las maravillas del planeta y luego de recordar las guerras de independencia y la figura de San Martín como libertador, personifica al Perú lo distingue por haber mantenido los principios democráticos, las leyes liberales, el amor al progreso, la hospitalidad al extranjero y la hermandad con los americanos.

Esta distribución estructural de los elementos textuales permite deducir un significado que completa el mensaje del libro. Desde una visión globalizadora de un futuro que vinculara al Perú con los otros países del sur del continente, en especial con la Argentina, pasa a mostrar el presente de crecimiento y esplendor favorecido por el ferrocarril y luego, en el bloque central, procede a reflexionar sobre el pasado, glorioso y terrible de las civilizaciones antiguas y de la conquista.

La estructura elegida al mismo tiempo que privilegia como centralla mirada a las glorias y errores del ayer, recalca con actitud didáctica la preocupación por un futuro común a los pueblos americanos del sur que los vincule con el progreso.

En el extenso apéndice Estrada manifiesta su interés en general por el Perú al registrar una bibliografía para futuras indagaciones

del lector. Muestra un interés particular por lo institucional ya que lista las autoridades incaicas y españolas que han regido los destinos de los peruanos. También manifiesta su preocupación por lo lingüístico⁰², al registrar un glosario de los nombres quichuas utilizados por él en el texto, así como nos evidencia sus intereses literarios al incluir tres composiciones. Se trata de "Un ídolo", recuerdo dedicado especialmente al autor por su amigo peruano Federico Torrico, "El Manchai-puitu", poema indígena de lamentos amorosos ante la amada muerta traducido por la señora Juana Manuela Gorriti, y "La Chocica", composición del autor que recuerda un día de campo durante un alto en el viaje en ferrocarril hasta La Oroya. Aunque todas las piezas mantengan una relación estrecha con el cuerpo del texto⁰³, deseo llamar la atención sobre la última para, más adelante, distinguir en ella otro aspecto fundamental de este discurso: la filiación romántica del autor.

Los rasgos que vinculan a Estrada con el resto de los autores argentinos de literatura de viajes pertenecientes al Romanticismo se pueden agrupar de la siguiente manera: 1) su interés por el progreso, en especial a través del ferrocarril como medio de comunicación y comercio; 2) su preocupación por el honor de la patria y los temas vinculados con la independencia; 3) su cuidado por ubicar como figura central a un héroe sentimental del episodio y 4) su gusto por la belleza y la poesía, unido a otros rasgos del movimiento como el amor por el mar, el crepúsculo y la noche, el interés por los cementerios, y la exaltación de la mujer.

1) Estrada, al igual que Alberdi y Sarmiento, cree en el ferrocarril (junto con la inmigración y la educación) como medio indispensable para desarrollar los pueblos. La bonanza económica establecida en Perú por la explotación del salitre y del guano, así como las promesas de una minería floreciente lo incitan a describir recorridos de vías férreas usando tanto el tiempo presente como el futuro. Menciona en forma de obra total las partes ya construidas junto con otras en realización o simplemente en proyecto. De singular importancia

resulta aquí la mención del denominado ferrocarril interoceánico "Americano del Sur", proyecto que le revela "una voz amiga"⁴ y que él transcribe de la siguiente manera:

Trátase de ligar las orillas del Plata con Bolivia y Perú, por medio de un ferrocarril interoceánico, denominado "Americano del Sur", que partiendo de Rosario, en el río Paraná, recorra un espacio de trescientas veinte leguas hasta la Quiaca, en la frontera argentina, ciento noventa desde la Quiaca á la Paz, y ciento treinta desde la Paz hasta el mar Pacífico, en el puerto de Mollendo.

De esta línea de seiscientas cuarenta leguas de longitud, están en construcción ochenta y cinco de Mollendo á Puno, y ciento noventa y dos del Rosario á Tucumán. (p.165).

Este proyecto recibe de Estrada una calurosa aprobación: a través de él visualiza más allá de las ventajas económicas la posibilidad de una estabilidad política:

[oo.] traer á los mercados del Plata las riquezas de la parte más rica del Pacífico, y estrechar con vínculos inquebrantables tres importantes secciones de la América que fue española, realizando, por medio de la industria, la alianza salvadora rechazada por una política miope. (p.166).

En este contexto de un gran proyecto integrador, que recuerda por sus características al actual MERCOSUR, el autor expresa una discreta opinión sobre la guerra. Como no hace alusiones directas a ningún país ni fecha, se puede deducir que las siguientes líneas se refieren tanto a la guerra del Pacífico, que sucedió entre 1879 y 1883, o a la campaña del desierto entre 1879 y 1880.

Sin embargo, el autor, en una postura diplomática, no hace más que augurar la paz y la posibilidad de consagrar los esfuerzos a la realización del proyecto de conectar a través del ferrocarril a Perú, Bolivia y Argentina:

Aquellos que en el momento presente se hallan entregados á las rudas labores de la guerra, favorecidos mañana por la paz, se consagrarán con ahínco á esta tarea, ruda también, pero fecunda, recordando que todo afán tiene su corona. (p.168).

Otra mención del papel que le toca jugar al ferrocarril en la configuración futura de la zona habla de acercar al mundo las evidencias del pasado glorioso, las huellas de los terremotos (elemento que el autor usa como cohesión temática entre todo el paisaje andino, incluido el terremoto de Mendoza de 1861), así como las consecuencias de los atropellos de los españoles.

Aquí es digno de mencionarse el valor de intermediación que el autor otorga a los viajeros y a sus escritos:

El ferrocarril de Puno, no sólo va á llevar al Cuzco y á sus renombrados campos, la vida material. Él conducirá también hasta sus ruinas, al curioso viajero, al historiador y al arqueólogo; y ellos, compulsando las crónicas de los pobladores europeos, publicadas desde Cieza de León y Garcilazo hasta Prescott y Tschudi, compararán en el mismo teatro de los sucesos las descripciones con los objetos, la reconstrucción literaria y artística, con la verdad ruinoso pero tangible de las alineadas y estibadas piedras, que han dejado en pie los cataclismos de la tierra y las armas de los conquistadores. (p.192).

En el capítulo diez, destinado casi enteramente al recorrido del ferrocarril hasta La Oroya, el autor incluye a pie de página U11, homenaje a Eduardo Meiggs. Este empresario norteamericano desarrolló las vías férreas en Perú y Chile. Estrada le otorga un papel similar al que Alberdi adjudicó a Wheelwright como emisarios y gestores del anhelado progreso.

En la conclusión del mismo capítulo Estrada resume los diferentes temas que lo preocupan: el progreso por los adelantos técnicos provenientes de América del Norte, la reivindicación de los pueblos precolombinos y el concepto de patria independiente, todo en

un marco de fuerzas naturales inconmensurables. En el uso ambiguo de la palabra América, una vez referida a la de origen anglosajón y otra a la hispana, el autor demuestra un sentimiento pariamericanista ya mencionado antes:

He ahí á América abriendo los cimientos del porvenir sobre las ruinas del pasado.

Los muertos esperaban en sus sepulcros, abiertos por los cataclismos, un acontecimiento que devolviera á la patria el esplendor de su grandeza profanada.

El ferrocarril de La Oroya es la resurrección del genio y de la grandeza de América. (p.302).

2) Con respecto a la preocupación de los románticos por el honor de la patria debemos decir que Estrada desarrolla la idea de una veneración de los peruanos por su patria indígena precolombina y aún preincaica, en consonancia con las ideas de libertad de la guerra de la independencia.

Resulta además interesante destacar que el autor ubica en forma privilegiada la figura de José de San Martín como libertador de Perú. Sin ostentaciones nacionalistas, ya que nunca menciona el origen argentino del héroe, Estrada hace un resumen de su acción como organizador del país.

Aunque dentro de la página destinada al tema el autor incluye un párrafo que concierne al afianzamiento definitivo de la independencia peruana (sin aclarar que el protagonista de esa etapa no fue San Martín, lo cual puede considerarse una mera distracción de redacción), no podemos dejar de valorar que la mención del gran patriota argentino se realice en el último capítulo, ubicación privilegiada por el autor quien piensa que es el lugar donde se mantendrá más vivo en la memoria del lector.

3) En relación con el tema del héroe libertador se encuentra también un ejemplo que deseo comentar como rasgo romántico. Al describir el pueblo balneario de Chorillos Estrada concede especial

atención a una figura esculpida en bronce que adorna un monumento. De él dice el autor:

José Olaya, pescador chorrillano, era un indio con músculos de hierro y aliento de patriota, que hubiera ahogado entre sus brazos el poder español en América, si en forma de gigante lo hubiera encontrado en su camino. (p.281).

Descripción metafórica ya que el mismo autor relata que fue torturado y muerto por los realistas al ser capturado como correo que vinculaba a nado la flota libertadora con Chorrillos. Ocupa así en el relato el papel central como figura romántica: "Sufrió tormento y murió víctima de su fidelidad, y esclavo de lo único que podía avasallarle en los momentos en que su alma voló al cielo de los mártires: del honor!" (p.282).

El otro uso del mismo recurso lo encontramos en el apéndice denominado "La Chocica". En este caso es el autor la figura privilegiada, no por acciones heroicas sino como destinatario de una composición musical compuesta por una distinguida señorita limeña. La situación se presenta en el día de campo que transcurre en un alto del camino a La Oroya, jornada que corona el espectáculo del progreso con las emociones de lo sentimental y que Estrada concluye elocuentemente diciendo:

El señor Meiggs puso fin al banquete anunciándonos que había llegado la hora de la partida. Algunos de los presentes no habrían llegado hasta pedir, como el héroe de Lamartine, la eternización de aquel momento; pero muchos, como Josué, habrían querido detener la luz en el horizonte y... el tren en la Chocica. (p.340).

4) Abundantes son los recursos románticos que aparecen en la obra: el interés por el mar, el gusto por los paisajes nocturnos o de atardecer, la atracción por los cementerios y monumentos, su inclinación al exotismo, la exaltación de la mujer. Muchas veces los ele

mentos se presentan relacionados entre sí. El mar predomina en las páginas del primer capítulo que se denomina "La costa", asociado a la noche así como a ideas orientales, ya que la contemplación de la luna en cuarto creciente o menguante le recuerda "el estandarte de Mahoma".

La misma asociación con lo oriental se da en la descripción de las casas de estilo morisco con celosías en Lima, o en múltiples comparaciones con paisajes del cercano oriente ya sea del mundo árabe o del mundo hebreo. En este último caso, las referencias son a pasajes bíblicos del *Antiguo Testamento*.

El signo de los esplendores de la corte del virreinato que puede observar en detalles de la arquitectura o en sus visitas a los museos le merecen comentarios elogiosos. En casi todos los casos las valoraciones son de signo positivo. En referencia a las corridas de toros - aunque califica con simpatía la fuerza de las pasiones en el juego- el desorden, que le desagrada, es relacionado con la herencia de los conquistadores.

La profunda convicción cristiana del autor evidenciada en el capítulo correspondiente a Santa Rosa de Lima, a quien denomina "nuestra santa", no entra en conflicto con las otras simpatías del autor. La descripción de paisajes idílicos no responde al ideal *delloclus amoenus* sino al del jardín del edén.

Las enumeraciones de vegetales y frutos diversos, la acumulación de elementos exóticos para este viajero bonaerense, la yuxtaposición de paisajes y climas e incluso la variedad étnica que impresionan al viajero le arrancan expresiones de admiración llenas de entusiasmo. Sirva de ejemplo un fragmento de la descripción de su llegada a Lima:

[...]Acabo de ver realizada una ilusión acariciada por todo americano. He contemplado la ciudad morisca, de los jazmines en perpetua florescencia, sahumada con pastillas que sólo arden á los pies de las sultanas; archivo de romancescas tradiciones; asiento espléndido de una corte galante, que rendía espadÚl y tricornio apenas percibía el crujido de una "saya", y des

cubría a la distancia los pliegues de un "manto", ó la silueta de una "tapada". [...] (p. 1 99).

Conclusiones

Este texto de Estrada nos evidencia, en su estructuración y en el uso de los recursos literarios, vale decir en las estrategias discursivas que elige para volcar sus impresiones, por una parte una postura panamericanista y por la otra una filiación romántica.

En su panamericanismo Estrada pretende vincular el destino de toda América, en especial la hispana, y más particularmente la del sur de Sudamérica, en un momento de esplendor económico para la zona visitada. Recalca el pasado indígena anterior a lo español y cuestiona los modos de los conquistadores de destruir las civilizaciones que encontraban. Alude a un vínculo religioso común establecido alrededor de la figura de una santa americana a quien perdona que sus padres hayan sido españoles porque eran honestos, al mismo tiempo que establece un vínculo patriótico entre los pueblos por la figura del libertador San Martín.

En su romanticismo Estrada se admira y emociona ante el espectáculo exótico de lo que juzga como copia del paraíso, y allí su ponderación de lo español es positiva porque significa lo oriental. Los monumentos y ruinas de un pasado de esplendor cultural le atraen e interesan al mismo tiempo que le permiten cuestionar la idea de libertad que tan importante fue para las generaciones que durante el siglo pasado se comprometieron con el movimiento de independencia.

Su concepción de un futuro de progreso que garantizará la independencia económica de las antiguas colonias se centra en la extensión de las líneas férreas. Ante el héroe trágico y malogrado de la conquista que fue Pizarro, presenta la figura de un nuevo héroe, un empresario moderno que es gestor del progreso de la región.

Para el lector de fines del siglo XX la visión de Estrada resulta todavía muy significativa, por un lado descubre exóticos territorios poco vinculados con la Argentina, por el otro presenta un ideal de

mancomunidad económica que fortifique los vínculos de la región y evite los enfrentamientos bélicos.

RESUMEN

Este trabajo se centra en el estudio de la sección "De Valparaíso a La Oroya", que abarca más de doscientas páginas de las trescientas sesenta y dos del segundo tomo de los Viajes de Santiago Estrada (1889). Se analiza el texto desde la literatura comparada como un texto de viajes en el cual resultan evidentes las constantes antropológicas y estéticas de este tipo de discurso, según lo establecen los estudios teóricos al respecto. Desde el punto de vista antropológico se observa cómo el autor retrata los distintos aspectos de una experiencia viajera corta pero significativa. Desde lo estético se pueden apreciar las estrategias discursivas que ordenan el material de acuerdo con las intenciones panamericanistas del autor y que

evidencian su filiación romántica.

NOTAS

Este trabajo forma parte del proyecto *Literatura de viajes argentina. Siglo XIX. subsidiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Cuyo.*

¹ Así lo permite deducir también la anotación en su diario hecha por Federico Torrico, ante su pedido, el 28 de mayo de 1873 y que Estrada aporta como apéndice. La otra fecha registrada en el texto es el 26 de mayo de 1873, ocasión de una excursión hecha por "varias familias de la capital, y algunos viajeros, invitados por don Enrique Meiggs, á (sic) recorrer la sorprendente línea de la Oroya, de que es constructor y empresario" (en el apéndice llamado "La Chochica", p.337).

² No es indiferente aquí la mención de que Santiago Estrada era miembro correspondiente de la Real Academia Española y así lo indica expresamente en la portada del libro.

³ Así por ejemplo en el capítulo "La Quena" el autor utiliza parte del argumento y los personajes de la novela homónima de Juana Manuela Gorriti y lo menciona al pie.

⁴ Más adelante menciona como autor de la idea inicial al uruguayo Eduardo de las Carreras (p.167).